

CONCLUSIÓN

La necesidad de un proyecto de integración pacífico surge en el siglo XX ante los nuevos retos que impone un mundo de avances tecnológicos, guerras mundiales, de creciente industria, pero también en aumento de pobreza, desempleo y desigualdad.

La integración de un país con otro significa por un lado, la cesión de una parte de su soberanía, pero por otro, un gran mercado que atrae la inversión extranjera; una competencia mayor, pero equitativa; una capacidad de negociación mucho más fuerte en el escenario internacional¹ y la posibilidad de enfrentar problemas en conjunto para obtener mejores soluciones.

El neofuncionalismo, intergubernamentalismo, constructivismo social, interdependencia y nuevo institucionalismo, como teorías, perspectivas y aproximaciones del regionalismo describen los cambios que sufre el sistema de Estado- nación, cuando se une con otro para enfrentar retos afines donde la solución es más factible si se recurre a la colectividad. Los diferentes enfoques que forman el nuevo regionalismo complementan lo anterior, ya que parte de los recientes cambios en política internacional y se ajusta a las actuales necesidades de los países como políticas ambientales, sociales, de desarrollo, de equidad y de seguridad, entre otras; contempla los nuevos canales de

¹ “Regionalismo y Multilateralismo en América Latina”, *FIESP - Federation of Industries of the State of Sao Paulo*, (10 Julio 2001 [consultado 7 Abril 2007]); disponible en http://trade-info.cec.eu.int/doclib/docs/2004/october/tradoc_119465.pdf

comunicación y las relaciones que se forman entre los nuevos actores como las instituciones supranacionales, la sociedad y las organizaciones no gubernamentales.

La explicación teórica vislumbra un panorama de optimismo para los países que decidan colaborar en un proyecto de integración regional, más el ejemplo del continente americano no ha reflejado buenos resultados. Desde principios del siglo XIX, Simón Bolívar proponía la unión de los territorios que él mismo había independizado del dominio español, seguido por el interés norteamericano de mantener a las potencias europeas alejadas por medio de una cohesión continental. Es importante hacer hincapié en la diferencia entre la idea de integración bolivariana y la de Estados Unidos. La primera solo incluía a los países latinoamericanos y la segunda a todo el continente, entre otras diferencias. Pero fue desde los años 60, que se pusieron en marcha varios intentos para integrar al continente. ALADI, SICA, CAN, CARICOM y MERCOSUR hasta ahora no han provisto a la región de los elementos necesarios para resolver problemas locales y regionales, ni para competir en el mercado internacional con fuerza. Ninguno incluye a todos los países y la mayoría han violado los estatutos que ellos mismos establecieron.

Fue cuando la amenaza del crecimiento europeo y asiático impulsó una nueva iniciativa norteamericana para integrar al hemisferio. El ALCA surgió para convertir a la región en una zona más competitiva para enfrentar el mercado

internacional, pero después de años de negociaciones tuvo más rechazos que aceptaciones. El exceso de beneficios otorgados a las transnacionales de Estados Unidos, que solo provocaría ampliar las grandes desigualdades que existían entre los países miembros. La negativa de abarcar temas tan necesarios para Latinoamérica como tan sensibles para Estados Unidos, como los subsidios y el movimiento libre de trabajadores, no consiguió obtener el apoyo de muchos países del sur, que no solo se negaron a llevar a cabo el proyecto, sino que, como consecuencia de los cambios políticos que sucedían decidieron lanzar alternativas para echar abajo el proyecto. El PPP nació como proyecto que funcionaría bajo los lineamientos y apoyaría al desarrollo del ALCA, sin embargo, el ALBA, la ASC y la CSN intentan contrarrestarlo y en el mejor de los casos, desaparecerlo. Pero los anteriores tampoco engloban todas las necesidades que requiere el continente para crecer y proporcionar a su población de un nivel de vida justo y equitativo.

El ALCA es el proyecto que abarca más territorio y ámbitos; y uno de los principales reclamos hacia éste es la falta de una propuesta social, es allí donde se puede tomar como punto de partida, la inclusión de una serie de condiciones sociales que aseguren que los beneficios de un proyecto regional - primordialmente pensado en el marco económico- lleguen a todos los estratos de la sociedad, de todos los países.

La idea no es nueva, el mejor ejemplo de integración regional – la Unión Europea- hace uso de la llamada Estrategia de Lisboa, que desde el año 2000 regula que se disminuyan las disparidades entre los miembros. No se pretende copiar el modelo europeo a las Américas, dado que los recursos y necesidades son completamente diferentes, pero si se pueden tomar referencias o ejemplos de los mecanismos que han resultado benéficos, para adaptarlos a las condiciones de nuestro continente.

El instrumento más importante que tiene la Estrategia de Lisboa es un Fondo de Desarrollo que permite que los estados más ricos aporten económicamente a los más pobres, para ayudarlos a disminuir las disparidades que actualmente existen. Es de suma importancia no confundir esta transferencia de recursos. No se pretende que Estados Unidos y Canadá como los países más ricos de la zona, se hagan cargo totalmente de las necesidades de los demás que se encuentran por debajo de ellos. Al contrario, la generación de este fondo debe venir acompañada de una Comisión que ubique los puntos más débiles y los espacios donde la ayuda será mejor aprovechada; y será menester también del país que recibe los fondos responder con políticas que cosechen los mejores frutos de dicha ayuda.

Es posible también que países no tan ricos económicamente pero si por encima del promedio aporten para el desarrollo de los demás, México, Chile, Brasil y Costa Rica cuentan con zonas pobres dentro de su territorio, pero también con

zonas más desarrolladas que algunas del sur de Estados Unidos o el norte de Canadá.

América necesita un proyecto que contemple las necesidades de sus habitantes desde dentro y no la imposición de un sistema de reglas establecido por instituciones ajenas a la región. Latinoamérica no requiere de más intervenciones, pero la inclusión de Estados Unidos en un proyecto de integración es primordial debido a su importancia como potencia mundial. Dejarlo fuera sería una desventaja para los países latinoamericanos. Pero como hegemon, Estados Unidos puede jugar un rol estratégico en promover la libertad económica, la estabilidad y el crecimiento en América Latina, lo cual significa revertir su política actual de mensajes mixtos hacia la región y acompañar el discurso político a favor del libre de acciones políticas consistentes.² Es por ello, que antes de firmar un proyecto, es necesario que todos los integrantes se vean beneficiados de la misma manera, que se establezcan medidas que protejan a los más débiles de los constantes cambios de un mundo globalizado. Tomar en cuenta ejemplos que ya han sido exitosos para poder tener una imagen de las metas que se buscan y una guía de los métodos para lograrlo es una estrategia útil.

Finalmente, podemos concluir que la necesidad de insertar a los países del hemisferio occidental, -específicamente los países latinoamericanos- en el

² Ian Vásquez, "Una Política Exterior de Estados Unidos Para América Latina", *El Cato Institute*, (15 Noviembre 2002 [consultado 19 Abril 2007]): disponible en <http://www.elcato.org/publicaciones/ensayos/ens-2002-11-15.pdf>

proceso de globalización en igualdad de oportunidades con los demás países desarrollados y emergentes requiere de un proyecto de integración. Dicho proyecto promete no solo hacer a los países más competitivos sino reducir las amplias desigualdades que existen entre ellos para mejorar el nivel de vida de sus habitantes. El camino para lograrlo no es por medio de luchas políticas y anteposición de intereses geopolíticos por parte de los líderes de la región, sino por medio del uso de la voluntad política para aplicar un conjunto de condiciones sociales, y como ejemplo debería ser tomada la Estrategia de Lisboa. Ésta es utilizada por la Unión Europea desde 2000 y promete en 10 años hacerla la economía más competitiva del mundo, pero no a expensas del abuso de sus recursos, sino en sintonía con ellos.

Lograr lo anterior en el hemisferio occidental parece poco probable dadas las condiciones políticas actuales, pero como miembros de esta sociedad no podemos dejar que la oportunidad de salir del rezago en el que Latinoamérica ha permanecido durante este siglo pase inadvertida.